de Víctor Infantes

—Mal haya el siglo en que es política la necedad y condición de bien criado la ignorancia. Mal haya quien me aconsejó que buscara la vida en la farándula de los libros después que los hombres se descartaron de racionales. En otro tiempo era la lección el pan de cada día: empezaba el cariño a las letras desde los príncipes; su ejemplo seguían los demás caballeros; los pobres y plebeyos prometiéndose abrigo en la estimación de los nobles y adinerados, destinaban largos desvelos al estudio de las artes y ciencias. Cayeron del seno de la afición de los príncipes, olvidáronse las fatigas, dominó la ociosidad, subió a los tronos la rudeza, acabose en todo la solicitud de adornar al entendimiento de noticias, y se empezó a hacer gala de los necio.

—¿Es posible que han llegado los libros —dijo el sabio muerto— a juzgarse por ladrones del tiempo, enemigos del deleite y cuñados del gusto, los que antes eran familiares de la vida, consejeros del juicio, piedras de amolar el discurso, jardines del ingenio y eficaz arbitrio para desenojar un pobre su fortuna?

—Más vale —le respondí— en el arancel de un príncipe un papagayo que un filósofo, una mona que un matemático, un mico que un letrado, un mulo que un poeta.

—Estas tiendas hervían antes en todo género de personas, vendíanse los libros, continuábase el comercio. Hoy se nos sale la vida por los agujeros de la hambre. ¡Mal haya la edad tan bruta, siglo irracional! Yo tengo de aburrir lo librero, y he de meterme a oficial de albardas; que ya el mundo es muy frecuente de pollinos.

A estas voces llegaban las quejas del mercader, al tiempo que don Francisco me preguntó:

—¿Es verdad lo que este hombre está gritando? Porque es cierto que si lo es, es infamia de la nación y aun de la naturaleza. En mi siglo empezó a declinar algo el estudio de las letras, pero no faltaba algún favor en los señores, y lograban estimación los estudiosos.

—¡Cómo si es verdad! —le respondí—. No pone nada de su caletre en lo que le escuchas. Hoy es moda el ignorar, es uso la barbaria, y las señas de caballero son escribir mal y discurrir peor. Más vale un tonto rebutido en adulator, un salvaje forrado en charlatán, un camello injerto en presuntuoso, que veinte resmas de Moretos y Villayzanes. El latín será dentro de pocos años más raro que el griego; y se tendrá por forzoso que venga otro Antonio de Nebrija, que fue el Pelayo de la latinidad. Eso de retórico no se usa, porque dicen que nada tiene fuerza de persuadir sino el dinero. De la divina poesía se perdieron los moldes. De la ciencia natural más saben las cocineras, los pastores y los hortelanos que los filósofos. Al fin, los estantes de los libros son banquetes de

polilla y refectorios de ratones; tiempo llegará en que los echen las desván de las antiguallas a ser compañeros de los bigotes, las calzas y los guardainfantes.

—Según lo que dices —preguntó Quevedo—, ¿no hay ya quién escriba?

—Ya quisiéramos —le respondí— que se leyese lo que está escrito. Los Hipócrates, los Galenos, los Avicenas, los Aristóteles, los Euclides y otros muchos se venden por arrobas a los mantequeros. Esta fortuna corren los príncipes, que a los demás les suele suceder lo propio. En lo que toca a escribir en nuestra edad, es más fácil que ser médico. Buscando un título mozo, con poca alteración de palabras y menos de discursos, se puede meter un mascafrenos a padre de un libro anciano y zurcirle la paternidad a su nombre, aunque tenga en alma en cerro y por desvirgar la inteligencia.

Iba a preguntarme Quevedo, pero a entrambos nos hizo volver el rostro el tropel de un hombre que se llegó a los umbrales de la tienda, tan gordo, que venía siendo ganapán de sí mismo, frisón de piernas, harto de cara y aún ahito de los demás miembros; el rostro entre mascarón de navío, sumidero de taberna o escotillón de mosto; traía en ella esculpido a Esquivias y San Martín, bostezando bodegas, resollando toneles, con los ojos pasados por vino, un tomate maduro por nariz, un par de nalgas disciplinadas por carrillos, barba bruñida a chorreones de zumo de marrano; un puerco espín de estopa por peluca, espadín y casacón burdo, que casi le iba aporreando los talones. Entró, pues, en la tienda; y yo le dije a mi buen muerto:

—Ten cuenta, sabio mío, con este mamarracho; oirás lo que viene pidiendo.

Saludonos, no en español, ni en francés, sino en bruto; y habiendo hecho lo propio con el mercader de los libros, le pidió si tenía un Arte de cocina. Respondió que sí; ajustóle brevemente, soltó el camueso la moneda, y marchó cargado de su humanidad.

—¡Oh siglo infeliz! —dijo Quevedo—. Miren qué libros de filosofía moral buscan los hombres para enriquecer el juicio, para estudiar el desengaño, para dirigir las acciones, para frenar las osadías de la irascible y para las destemplanzas de la concupiscencia; si no es un arte de embravecer el apetito con lo exquisito de los manjares, solicitándole espuelas a la gula.

—Ese libro —añadí yo— y otras recetas de ahitarse, que andan manuscritas, tienen más estimación que todos los aforismos de Diógenes y los apotegmas de Plutarco. A los que tienen por oficio rascar la sarna de los paladares a los catedráticos de los sabores, parece que se les cometió despoblar el mundo. Éstos son los alcahuetes de las apoplejías y los granaderos de la muerte; más hombres ha muerto el fuego de las cocinas que el de las campanas.

—Guía a otra parte —me dijo don Francisco—, que de esto ya estoy bien informado.

¡¡FELIZ CENTENARIO!!